

ANÍBAL PONCE: EL ROL DEL INTELLECTUAL HUMANISTA

Rafael Farace
Universidad Nacional de La Plata (Argentina)
rfarace@gmail.com

Resumen

Este trabajo pretende recuperar la tradición socialista latinoamericana que pone en primer plano la cuestión ética, aquella que ha destacado a José Ingenieros y a Ernesto Guevara, pero relegado en gran medida a Aníbal Ponce. Por esta razón, se iniciará el ensayo con una breve reseña de los giros del pensamiento ponceano para luego adentrarnos en su visión del humanismo, considerado menos una corriente filosófica que una forma de vida. Entonces nos ajustaremos a la lógica de una de sus obras centrales: *Humanismo burgués y humanismo proletario*, publicado por primera vez en 1938. Sobre esta base desarrollaremos nuestras reflexiones y polémicas con otros autores que con una lectura criticista han preferido subrayar los límites del pensamiento de Aníbal Ponce, en vez de destacar sus aportes y las formas en que fueron recuperados por otros intelectuales latinoamericanos. Así estas críticas se vuelven contra sus realizadores y su metodología cuando se releen los textos de Ponce a la luz de la época y con la preocupación que a él inquietaba: la urgente necesidad de la revolución y de la construcción del hombre nuevo.

Palabras claves: Aníbal Ponce; humanismo; intelectual; marxismo; década de los 30.

Aníbal Norberto Ponce nació en 1898 en el seno de una familia porteña de clase media (su padre era escribano y su madre maestra), pero vivió su juventud y su adolescencia en la pequeña ciudad bonaerense de Dolores, anhelando un regreso triunfal a la mítica Buenos Aires que les describiera su padre. Sus pasos iniciales en las letras los realizará de niño y en forma autodidacta, encontrando en la biblioteca paterna las principales obras que iluminarán la etapa inaugural de su pensamiento: los primeros historiadores de la revolución francesa (Adolphe Thiers, Jules Michelet, Albert Mathiez, Alphonse de Lamartine), los filósofos también franceses Hippolyte Taine y Ernest Renan, los autores de la generación del 80 (Miguel Cané, Lucio Mansilla, Nicolás Avellaneda, Eduardo Wilde, etc.) y sobre todo Sarmiento. Por aquellos años escribe sus primeros artículos, algunos de los cuales serán publicados en *La Nación de los niños*, las revistas *El Eco Social*, *Nosotros* y *N*, mientras que otros quedarán en su cuaderno de estudios. Este momento en su pensamiento es el único que puede delimitarse con claridad, puesto que al conocer a José Ingenieros en 1920, los ideales políticos liberales de su juventud comenzarán a ser cuestionados. Pero dada la profundidad del enraizamiento de la tradición sarmientina durante muchos años seguirán emergiendo brotes de aquel árbol. Esta tensión podrá verse fundamentalmente en tres obras de Ponce: *Para una historia de Ingenieros* (1926), *La vejez de Sarmiento* (1927) y *Sarmiento, constructor de la nueva Argentina* (1932).

Desde esta perspectiva liberal, Ponce combate a intelectuales como Ricardo Rojas, Manuel Gálvez, José Hernández y Leopoldo Lugones que subordinaban la tradición europea a la identidad nacional. Su europeísmo llega al extremo de afirmar en 1927: "mis amigos, los hombres del 80, habían dado a la literatura y a la ciencia los primeros frutos verdaderamente nuestros. Antes de ellos, las letras nacionales no habían adquirido un perfil personal: españolas

o gauchas, eran otras cosas distintas de nosotros. Con ellos, en cambio, Buenos Aires comenzaba a ser Europa. Los resabios mestizos, que habían corrompido hasta entonces la prosa y el verso, desaparecían de pronto bajo su aliento” (1). Si la locomotora del progreso conducía los destinos de Argentina, se debía a la fértil influencia de estos intelectuales que traían la cultura europea a nuestro país. Incluso puede notarse la apropiación clasista de esta perspectiva en sus textos de la época, cuando valora el modo de vida burgués, afirmando que su “holganza refinada” es la que permite a este sector social dedicarse con exclusividad a las letras y la ciencia (2), mientras paralelamente cuestiona los “instintos vagabundos del gaucho” (3). Este tipo de afirmaciones nos dan una idea de la naturalidad con que abordaba por entonces las relaciones de dominación.

Sus reflexiones se desarrollan hasta el momento en forma conjunta con otra corriente de pensamiento que está adelantando futuras rupturas con la tradición liberal. Es la influencia de José Ingenieros con quien en 1923 cofundaría la Unión Latinoamericana y desde entonces codirigiría la Revista de Filosofía, continuando solo luego de la muerte del maestro en 1925. De aquí recogerá tanto su tendencia científicista como la percepción de un momento latinoamericano, su iniciación en el pensamiento socialista y la veta ética de su pensamiento político. Serán estas características, salvo la primera, las que continuará desarrollando hasta sus últimos días y finalmente terminarán primando sobre el resto de sus influencias originarias. Así en la declaración fundacional de la Unión Latinoamericana que él redactara, afirmará que “no estamos dispuestos a ser ‘colonias’ comerciales ni espirituales de ninguna ‘metrópoli’ norteamericana o europea” (4), dando cuenta tempranamente de su enérgica posición antiimperialista. Finalmente serán sus fuertes preocupaciones sociales las que socavarán las bases de su pensamiento burgués, cuando la crisis de 1929 y el golpe de Estado de septiembre de 1930 en Argentina derrumben estrepitosamente toda su esperanza en el progreso en el marco del orden social capitalista.

Como señala Héctor Agosti (5), el *gran tajo* que representa este año marcará la evolución posterior del pensamiento ponceano, acelerando las reformulaciones y radicalizando las tensiones entre las tradiciones fundamentales que hasta entonces lo componían. No realizará una negación absoluta del pensamiento burgués al estilo de la lógica formal, sino que realizará una negación dialéctica señalando una superación histórica, a partir de la experiencia real y concreta. Comenzará a ajustar cuentas con sus ideas, a reacomodar a sus próceres e, incorporando el marxismo, dará al liberalismo una relevancia acotada históricamente a los tiempos de construcción del Estado y la sociedad burguesa.

Por esos años fundará el Colegio Libre de Estudios Superiores, que será la consagración de su espíritu autodidacta y desde donde desarrollará cursos sobre sus principales investigaciones. En este ámbito comenzarán a reunirse intelectuales antifacistas solidarios con la lucha de los republicanos españoles que darán origen en 1935 a la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE), otorgándole su presidencia a Aníbal Ponce quien inspirado en la experiencia francesa del Grupo Clarté había impulsado su creación. Esta asociación logra expandirse rápidamente por todo el país y alcanzar los 2.000 afiliados en sólo dos años con los

objetivos de defender la cultura frente a la irracionalidad del fascismo y adherir al Frente Popular creado ese año por el Partido Comunista Argentino (6). Más que su pública adhesión al marxismo, será esta activa militancia la que le costará la destitución de todos sus cargos docentes y lo obligará a exiliarse a México en el año 1937, donde continuará su tarea política e intelectual en el marco de la Universidad de Morelia y la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios de México (LEAR).

De la misma manera que muchos contemporáneos, Ponce identificará la crisis política y económica del liberalismo con la crisis del sistema capitalista, y su fe en el progreso será situada en el socialismo. Así Mariátegui afirmaba en 1929 siguiendo a Lenin que “el capitalismo ha dejado de coincidir con el progreso (...) Para defenderse de este peligro, un *trust* puede tener interés en sofocar o secuestrar un descubrimiento [científico]” (7). Las limitaciones que el capitalismo presenta para el avance del conocimiento serán detalladas en una de las principales obras de Ponce, como es *Educación y lucha de clases* publicada en 1937 sobre la base de unas conferencias de 1934 realizadas en el Colegio Libre de Estudios Superiores. Es recién entonces cuando puede evidenciarse un uso maduro del pensamiento marxista, que venía cultivando desde años atrás, permitiéndole romper definitivamente con la tradición liberal y concluir el largo y penoso camino por el que transcurriera su humanismo. La obra que mejor manifiesta esto es *Humanismo burgués y humanismo proletario*, libro editado por primera vez en 1938 sobre la base de unas conferencias dictadas en 1935 también en el Colegio Libre.

Este trabajo intentará desarrollar algunas reflexiones críticas sobre el humanismo según lo entendiera Aníbal Ponce en sus últimos años, recuperando sus olvidados aportes sobre el tema y el vínculo que los une con la tradición socialista latinoamericana que pone en primer plano la cuestión ética. Desde aquí podremos problematizar el campo intelectual en la actualidad que, como lo describiera Bourdieu, a partir de la ofensiva neoliberal ha perdido velozmente su autonomía frente al mercado y ha ido incluyendo su lógica de competencia y acumulación naturalizando esquemas de pensamiento y círculos de difusión privilegiados ajenos a “la vida práctica y social”.

El humanismo burgués

Surgido en circunstancias históricas caracterizadas por la lucha de la burguesía en su ascenso al poder durante los siglos xv y xvi, el humanismo es visto por Ponce como una construcción ideológica que permite a esta clase desembarazarse de la carga que significa la Iglesia para el desarrollo de sus actividades financieras y comerciales. Su racionalismo, su pacifismo, su espiritualidad laica guiada por el pensamiento libre (en rechazo a los dogmas que limitaban su acción), el ideal de confraternización de los grandes espíritus, su revalorización de lo terrenal (la riqueza, el goce) y lo cuantitativo (necesario para una contabilidad estricta), etcétera; todo debe verse en ese contexto de lucha contra el feudalismo. Evidentemente la confrontación con la Iglesia no era por ello circunstancial, puesto que ésta se opondrá a todo liberalismo político y económico hasta bien entrado el siglo xx.

De manera que el humanismo constituyó la filosofía práctica de la burguesía en ascenso y fue inspirador de los contendientes contra todos los resabios del feudalismo, creciendo siempre al amparo formal o informal de esta nueva clase social. Lejos de la pretendida independencia de criterio, el alcance de su lucha por la liberación de las almas acopiadas por la Iglesia fue constantemente limitado por esas circunstancias. “Sobre el frente antifeudal ya los hemos visto atacando a la nobleza y a la Iglesia; veámoslos ahora reaccionando contra el pueblo y justificando a los ojos de los banqueros y los especuladores, la explotación inicua de las masas. Para Marcilio Ficino, el pueblo es como un pulpo: ‘animal con muchos pies y sin cabeza’. Para Guicciardini quien dice pueblo dice loco (...) Para Mafeo Vegio los paisanos no participaban de la naturaleza humana” (8). Estos motes que aparecen aquí con fuertes implicancias críticas, eran los mismos que Ponce antes reproducía congraciado en defensa de la civilización liberal y europea.

Ponce advierte que la revalorización del lugar del hombre en el universo es expresión de los éxitos del burgués para crear un mundo nuevo, es la expresión de confianza en sí mismo, en la pujanza de sus naves cruzando los océanos. Es esa seguridad del progreso de su clase que se sintetiza en el comentario de un banquero que decía que con gusto prestaría dinero a Dios Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Pero si bien reconoce la era de descubrimientos que esto ha iniciado, replica que este hombre, vuelto ahora el centro del universo, es un hombre abstracto, es “la defensa de un hombre liberado de las contingencias de la vida práctica y social” (9). Defendiendo al hombre-todo, el humanismo termina reduciéndolo a la inteligencia y la cultura. No les preocupa reconocer que detrás de sus palabras hay hombres reales y actuantes, puesto que se dirigen a una escala superior de personas que son aquellas que piensan, que conservan y desarrollan su *Espíritu* y su *Libertad*, mientras desvían los ojos fuera de la escena en que se desarrolla el drama de la historia (10).

Pero luego de arrebatar el monopolio de la cultura al feudalismo, la burguesía la defiende como propia ante el pueblo sabiendo, que es necesario mantenerlo en la sumisión y la ignorancia para asegurar su victoria. Ponce ejemplifica la inconsecuencia del humanismo burgués con Erasmo y Lutero. Ambos fueron críticos de su tiempo y propugnaron reformas sustanciales, pero ninguno llevó esto hasta el final puesto que su mayor preocupación estaba más en la anarquía y la brutalidad de la plebe que en el poder de la Iglesia y la alta nobleza. Estos humanistas no tallaban su escritura con la urgencia de la vida cotidiana, sino que no era más que un ideal que debía realizarse evitando problemas mayores. No concebían la escritura como un acto, sino como la intervención en una charla entre camaradas en que se da por concluido el debate con una argumentación certera, en vez de una práctica que la convalide y la interpele. Por ello Erasmo afirmará sin ningún rubor en su rostro que “una parte de la creencia consiste en ignorar ciertas cosas” (11), lo cual nos remite también a la negación de sí que realiza Odiseo para apreciar el canto de las sirenas como a la negación que éste impone a los otros que trabajan sin saber lo que sucede a sus lados. “La epopeya contiene ya la teoría correcta. El patrimonio cultural se halla en exacta relación con el trabajo forzado”, y a la vez para Odiseo o, en nuestro caso, Erasmo, “la adaptación al poder del progreso implica el

progreso del poder” sobre sí (12). Pero adicionalmente esto también trae aparejada una regresión tanto en el pensamiento como en la experiencia, que se encuentran ligados irremediablemente a una fuerza ajena.

La consecuencia no podía ser otra. Por ello Ponce concluye con una sencillez meridiana en sus palabras, que “confesar la indiferencia es confesar al mismo tiempo que se pertenece al partido de los saciados” (13). Cada vez más extraños al hombre completo, los humanistas muestran la hilacha.

Ponce verá en el drama shakesperiano un arquetipo del ideal de hombre y sociedad defendido por los humanistas. Los tres personajes de *La tempestad* (1610) presentan en el ámbito de las ideas la división de clases que la sociedad ya había desarrollando. Aquí el espíritu se presenta digno cuanto más alejado esté del trabajo, de manera que para construir ese hombre-todo se debe liberar del trabajo a los elegidos, mientras otros tendrán el honor de asegurar las condiciones para que esa sociedad exista. Mientras se encierran en su ocio culto los humanistas enajenan su humanidad y se separan del hombre real que vive. ¡Cuán lejos queda el Ponce que admiraba esa vida decorosa que permitió a los autores de los 80 cultivar las letras nacionales!

De más está decir que los humanistas, a la hora de identificarse con uno de los personajes lo hacen con Ariel, ese genio del aire que anhela regresar a su lugar celestial y deplora la acción y todo contacto con la vida de los hombres comunes, mientras que se convierte en un fiel servidor de su amo con la esperanza que esta labor lo libere de su flagelo (14). Y en realidad, “mezcla de esclavo y mercenario fue, sin duda, el humanista” (15). El final de la obra en que Ariel se retira luego del éxito de sus servicios prestados y Calibán promete aceptar con calma el destino de su clase, presenta la imagen más clara de la sociedad anhelada: un orden pacífico guiado por un déspota ilustrado al que el genio aconseja esporádicamente.

El humanismo proletario

La primera diferencia de la alternativa revolucionaria al humanismo burgués es su dimensión tan personal como colectiva, que se resume en una acción: la construcción del Hombre Nuevo. De esta manera Ponce identifica el humanismo con el socialismo, agregando a este último un sustancial contenido subjetivo a la vez que enlaza la realización del ideal ético con ciertas condiciones objetivas que teóricamente lo harían posible.

Superando desde la filosofía de la praxis sus concepciones anteriores afirmará que, contrariamente a lo que sostiene el humanismo previo, la primera mutilación del hombre provino de la división entre trabajo material e intelectual. Pero a la vez esta fue impulsora del desarrollo global de la división del trabajo que ha permitido perfeccionar la técnica y aumentar el potencial productivo. Recuperando la noción de *germen* tan utilizada por Marx, donde un elemento del futuro ya se nos hace presente como potencia, afirma que “junto a las máquinas surgieron, en efecto, y digámoslo desde ya, las primeras condiciones objetivas del humanismo proletario” (16). La técnica y la división del trabajo permiten al hombre producir la cantidad de medios de subsistencia necesaria con una menor dedicación laboral, hecho que otorga un

mayor tiempo libre para la cultura. Pero mientras estos avances se desarrollan en el capitalismo, sólo aportan a intensificar la actividad fuera de sí del trabajador y aumentar su explotación en tanto se multiplica el plusvalor relativamente expropiado al obrero. “Por el gobierno obrero a la cultura para todos: he ahí la segunda premisa del humanismo proletario” (17).

En este momento aparece una tensión en Aníbal Ponce que sólo se resolverá parcialmente en sus escritos. En un primer momento se asigna a la cultura (entendida como arte y aspiración al conocimiento en general) una jerarquía superior en la construcción del Hombre Nuevo, pero inmediatamente lo anterior aparece justificado sólo bajo el supuesto de una práctica cotidiana en el trabajo productivo.

Citando profusamente a Marx se referirá a las escuelas usinas de Owen que combinaban el trabajo manual con el intelectual, afirmando que era éste el único método para crear hombres completos, aunque su creador errara en creer que estos seres humanos podrían existir en cualquier sistema histórico. La educación en la teoría y en la práctica puede iniciar el desarrollo de las capacidades humanas, pero este no será completo si no es colectivo y universal, y se desarrolla en una sociedad que ha abolido la explotación del hombre por el hombre.

Hasta aquí Ponce señala condiciones objetivas (teóricas) para la construcción de mujeres y hombres nuevos, y en este mismo abordaje sobre el humanismo desde una perspectiva revolucionaria aparece una diferencia fundamental con los intelectuales de la burguesía: la supremacía de la práctica sobre la teoría en el juego dialéctico del conocimiento (18). Llegado el momento nuestro autor no se dedicará a recitar un decálogo de valores o a exponer una teoría sobre el humanismo, tampoco realizará exhortaciones éticas ni filosóficas críticas con moraleja. Contrariamente a ello, se dedicará a hacer una reflexión sobre la práctica del único pueblo contemporáneo que estaba en condiciones de dar lecciones sobre humanismo: la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Poco antes de *escribir Humanismo burgués y humanismo proletario*, a mediados de 1935, Ponce visitará la URSS. El autor relata y analiza con gran entusiasmo algunos aspectos de la vida en Rusia, sin dar cuenta (quizás por desconocimiento o para no manifestar su acuerdo) de la feroz persecución que por esos años se realizaba contra la oposición de izquierda. Independientemente de esto, que a nuestra perspectiva puede considerarse una contradicción con las ideas vertidas sobre el Hombre Nuevo, destacaremos algunas implicancias teóricas que pueden rastrearse tras esa exaltación ante la “sociedad del futuro”.

En primer lugar relata un acontecimiento que era impensable para los técnicos extranjeros, aunque los constructores rusos, aseguraban, les advirtieran lo contrario. “El subterráneo de Moscú ha sido construido en un tiempo extraordinariamente inferior al calculado porque siete mil muchachos y muchachas de las juventudes leninistas dejaron por un tiempo los libros y las aulas; formaron sus brigadas de trabajo y bajaron a ayudar a los obreros (...) la Nueva Rusia es una enorme usina en que todos colaboran porque acrecientan así una riqueza que es común. *Y porque es común, los hombres trabajan más y más ligero de lo que pueden trabajar los hombres*” (19). Ponce está subrayando aquí la formación de una voluntad activista, basada

en la conciencia de la construcción colectiva del futuro, que en la práctica va derribando las barreras entre las personas. Son estos estímulos morales los que van moldeando el Hombre Nuevo. Su contracara son los incentivos materiales con que la burguesía intenta estimular a los trabajadores, pero “fuera de algunos éxitos parciales, el *suggestion system*, no sólo desapareció junto a la prosperidad, sino que se embotó mucho tiempo antes frente al espíritu de clase de los obreros” (20).

Más allá del error histórico que constituye esta última afirmación (21), es importante rescatar nuevamente el lugar privilegiado de la ética y la voluntad en la construcción revolucionaria, otorgando fuerza y dinamismo al proceso en que el hombre y la realidad se transforman en el mismo acto. Por otro lado, da cuenta de una materialización del significado real de la construcción del socialismo, vuelto muchas veces la utopía del menor trabajo a partir del trabajo de todos por la obtención de los medios de subsistencia y la eliminación del plusvalor. En el esfuerzo colectivo y consciente de ser constructores de la historia, se sintetiza la actividad creadora del Hombre Nuevo. Es en el trabajo voluntario donde la transformación y construcción de la sociedad se realiza como conciencia histórica colectiva, recobrándose así la unidad entre la actividad transformadora y su concepción teórica en las personas que van creándose en esta labor. “Lo que para nosotros sería aplicación, para ellos es una forma de conocimiento en actitud de milicia, una forma de inteligencia con voluntad de transformación. La revolución ha creado precisamente la atmósfera moral que hace del trabajo productivo una función real de todo el mundo, y por lo tanto sitúa al muchacho desde sus comienzos en una sociedad cuyos destinos conoce, cuya suerte comparte, cuyos sobresaltos le estremecen” (22). Posteriormente Ponce se dedicará a señalar la actividad de recuperación, crítica y superación de la herencia cultural burguesa realizada en Rusia, en el proceso de construcción de una nueva cultura obrera. Afirma que así lo hizo Lenin al rescatar a Tolstoi, “no para que las masas se limiten a su ‘autoperfeccionamiento interior’, y a lamentaciones a propósito de una vida justa, sino para que levanten y descarguen un nuevo golpe a la monarquía zarista y a los terratenientes que en 1905 no han sido más que ligeramente alcanzados y que es necesario aniquilar” (23). Afirma que para tomar esta dirección en la nueva creación cultural revolucionaria, se debió combatir contra los representantes artísticos de la pequeña burguesía, los futuristas, quienes desde la pluma de Maïacovsky abogaban por la destrucción de toda la obra del pasado; pero también se debió luchar contra los sectores proletarios para quienes el arte destinado a las grandes masas debía limitarse a una forma sencilla que facilite la comprensión del mensaje. “Ignoraban unos que no se trataba de una restauración de los clásicos, sino de una asimilación crítica por las masas obreras (...); desconocían los otros que el arte proletario no es el arte de los desarrapados, y que el desprecio de los graves problemas de estilo no es en el fondo más que una torpe jactancia de analfabetos” (24).

A manera de demostración práctica del significado de esta asimilación crítica de la herencia cultural, presenta el ejemplo de algunas representaciones de obras de Shakespeare que se han realizado desde los tiempos del autor. Señala que la burguesía, luego de acceder al poder del Estado, fue borrando la pintura violenta del feudalismo que el dramaturgo presentaba para

destacar valores intemporales. La crítica soviética decidió rescatar el contenido crítico e histórico de la obra shakesperiana: “nada de creaciones simbólicas ni moralidades eternas. Era un momento dramático de la lucha de clases lo que el espectador soviético debía tener ante los ojos” (25).

Esto le permite dar paso a la consideración del realismo socialista, considerándolo como el enlace entre el sueño de justicia social y supresión de la explotación del hombre por el hombre y la cruda realidad presente en que se une explotación y lucha. Por ello Ponce afirma que “*Ningún marxista es completo –ha dicho Lenin– si no sabe soñar*”, y recuerda luego que “el desacuerdo entre sueño y realidad no es perjudicial siempre y cuando la persona que sueña *crea seriamente en su sueño, considere atentamente la vida, compare sus consideraciones y castillos en el aire, y trabaje concienzudamente en la realización de su fantasía*” (26). A diferencia del romanticismo, en vez de amar la vida negando sus características menos felices, el realismo socialista nos permite hacerlo aceptándola tal cual es para dirigirla con la fuerza creadora de los hombres y mujeres que toman en sus manos la historia. No se trata de una declamación política sencilla para la comprensión de las grandes masas, sino que su objetivo principal es edificar una nueva ética revolucionaria eliminando de las personas los valores individualistas que el capitalismo promueve.

Tanto en estas consideraciones sobre la recuperación de la herencia cultural no proletaria como en el lugar puesto al realismo socialista en la construcción de Hombres Nuevos, podemos ver la reaparición de esa tensión señalada previamente. Aníbal Ponce, un hombre dedicado siempre a la labor intelectual y educado en un medio ilustrado, vuelve a enaltecer una noción restringida de actividad creadora a un trabajo no material, no colectivo y no militante. Incluso utiliza adjetivos que reafirman la jerarquía de los especialistas en esta labor intelectual (“ingenieros del alma” le llama a los escritores), por sobre la construcción colectiva y consciente de una nueva realidad. Por estas razones la dimensión práctica de la construcción de hombres y mujeres del futuro pierde relevancia ante las que tienen características más ideológicas. Los hombres de carne y hueso que se nos presentan ante el relato de la construcción del subterráneo de Moscú se vuelven más bien espectros cuando son reemplazados por los ilustrados en la asimilación y superación crítica de la herencia cultural. Más que gérmenes del futuro son los fantasmas del pasado que golpean nuestra puerta.

A modo de cierre

Como hemos visto, el humanismo es considerado por Aníbal Ponce como un producto histórico que posee consecuencias concretas para la historia. Por esta razón tanto en la forma que adquiere bajo la orientación de la burguesía como aquella que toma con el proletariado revolucionario, se define por sobre todas las cosas como una filosofía práctica.

La profundidad de esta afirmación sólo puede percibirse partiendo de la caracterización inicial de una ruptura con el pensamiento liberal y la firme incorporación del marxismo en sus reflexiones. Quienes no toman en cuenta este *gran tajo* llegan a mezclar las distintas visiones desarrolladas por Ponce sobre el rol del intelectual durante su carrera. Desde esta perspectiva

Arpini (27) afirma que permanece en su pensamiento la dualidad sarmientina de civilización y barbarie. “La oposición entre ‘humanismo burgués’ y ‘humanismo proletario’ puede ser considerada como una resemantización de aquella dicotomía mediante la incorporación de la terminología marxista” (...) “la implementación del materialismo dialéctico en la interpretación de los procesos histórico-culturales es congruente con las ideas de evolución y progreso que forman parte de la cosmovisión positivista” (28). Contrariamente, podemos afirmar que la visión decadentista de la civilización burguesa que comparte con muchos contemporáneos se conjuga en él con una fe inquebrantable en el triunfo revolucionario profesada con total convencimiento. Esto mismo puede verse en muchos autores coetáneos, como Mariátegui, que vivieron en torno a la crisis del liberalismo político y económico que estallará en 1929, a los cuales pocos osarían catalogar dentro de la tradición positivista.

Pero adicionalmente Arpini concluye afirmando que el “trabajo del pensamiento al cuidado amoroso de la verdad, que conmueve –transgrede– las propias seguridades y es, por ello, conquista de sí, de la propia autonomía, y al mismo tiempo es compromiso con los demás”. El rol del intelectual humanista pierde con estas consideraciones todo el sustento político que Ponce, a pesar de las limitaciones señaladas, intentó destacar en sus últimos años de vida. A nuestro entender, aquel llega mucho más allá del “cuidado de la verdad” y el “compromiso con los demás”, puesto que justamente el intelectual humanista se destaca por regirse por su actividad práctico-crítica, por su “actitud de milicia” y por subordinar sus reflexiones a esa práctica. Evidentemente hay un sustento ético en todo esto (“compromiso con los demás”, si se quiere) de la misma manera que hay una firme búsqueda de un saber probado en sus ensayos, pero lo que nos interesa subrayar es la idea de que para Ponce no hay consistencia ética ni rigurosidad en el conocimiento fuera de la práctica, y que esa práctica no se limita a la actividad individual de “conquista de sí”, sino que es fundamentalmente esbozada como parte de un colectivo histórico.

Justamente es aquí donde los autores más difundidos en las redes académicas reciben el contragolpe de Ponce por el criticismo con que han leído sus obras. A diferencia del método dialéctico de la crítica ponceana al humanismo burgués, estos autores realizan la negación de los aspectos más salientes de su obra, aquellos donde critica el “ocio culto”, que enajena a los intelectuales de su humanidad y define al pensamiento como una actividad transformadora. Su actitud es típica del campo intelectual contemporáneo descrito por Bourdieu, cuyas producciones “se definen por su virtuosidad en el arte de satisfacer las expectativas creadas por el sistema cuyo producto son los mismos autores y por el arte no menos esperado de frustrar tales expectativas” (29). Esto nos habla del fortalecimiento de una lógica endogámica cada vez más ajena a “la vida práctica y social” que sólo sale de su círculo con el “fatalismo de banquero”, que pretende hacernos creer que el mundo no puede ser diferente de lo que es” (30). Como hemos visto, según los conceptos de Ponce, el pensador burgués niega una parte de sí y las implicancias de su actividad, conjugando el placer del trabajo con el pragmatismo reclamado por el campo intelectual. Más allá de su amor a la vida y su sensibilidad por el marginado, su práctica no la convalida.

Teniendo esto en cuenta, se puede entender que se hable de congruencia entre el materialismo dialéctico y el positivismo, y se destaquen los límites del pensamiento de un intelectual con antecedentes liberales y formado en el marxismo bajo la hegemonía ideológica del estalinismo. Estas afirmaciones críticas generan el distanciamiento necesario para dar la apariencia de objetividad epistemológica, situando el texto en el pasado o en algún sitio etéreo sin contacto con la actividad presente y cotidiana. En cambio, nosotros consideramos que el sujeto de conocimiento no puede aprehender la totalidad dinámica de su objeto de estudio sin situarse él mismo como parte creadora de esa realidad que estudia. De manera que hemos optado por conducir ese proceso destacando los alcances del humanismo de Aníbal Ponce para que, a pesar del carácter histórico de sus aportes, estos sigan impactando en el presente. De todas maneras, no podemos eludir algunas tensiones en el pensamiento ponceano, como valoración especial de la actividad de los “hombres de la cultura” en la construcción del Hombre Nuevo, dando cierta jerarquía al trabajo intelectual sobre el material, a pesar de otra gran cantidad de enunciados que afirman su complementariedad e imbricación (31). Por otro lado, si al seguir sus escritos podemos afirmar que el humanismo arrogado por un intelectual y su pensamiento sólo puede caracterizarse por las consecuencias prácticas que de este se deducen, y no por sus intenciones, debemos afirmar que al seguir su biografía terminamos evidenciando mejor el limitado desarrollo que había alcanzado esta idea. Si bien aquí se puede situar la raíz de muchas de las limitaciones de los escritos de Ponce, esto no justifica el olvido que ha recaído sobre ellos como un gran precedente que será recuperado posteriormente por la tradición humanista del socialismo latinoamericano.

En este momento es imposible obviar la figura de Ernesto Guevara, quien fuera un profuso lector de Ponce y recomendara la edición de sus trabajos pocos años después del triunfo revolucionario en Cuba. Su vida y sus ideas han dejado profundas enseñanzas sobre el humanismo poniéndolo en primer plano cuando denominó al socialismo como la sociedad del Hombre Nuevo. El objetivo revolucionario estratégico no se reduce de esta manera al desarrollo social de la economía, sino que focaliza su esfuerzo en el perfeccionamiento humano de la mujer y el hombre. Como en Ponce, esto sigue teniendo como condición lo primero, pero en vez de proyectar esa tarea a un futuro hipotético de socialización de los medios de producción, el *Che* afirma que es la práctica militante en el presente la que fundamenta con bases sólidas esa sociedad y ese hombre del futuro.

Notas

- (1) Ponce, Aníbal *Obras Completas*. Editorial Cartago, Buenos Aires, 1974. Tomo 1, p. 215.
- (2) *Idem*, p. 326.
- (3) *Idem*, p. 254.
- (4) *Idem*, p. 254.
- (5) Agosti, Héctor *Aníbal Ponce. Memoria y presencia*, en Ponce, Aníbal, ob. cit. Tomo 1, pp. 11-138.

- (6) Al respecto puede consultarse el artículo *Ideas e intelectuales en la formación de una red sudamericana antifascista*, de Adrián Celentano.
- (7) Mariátegui, José Carlos *Defensa del marxismo*, Editorial Quadrata, Buenos Aires, 2007, p. 24.
- (8) Ponce, Aníbal, ob. cit. Tomo 3, pp. 466-467.
- (9) *Idem*, pp. 498-499.
- (10) Estos tópicos ya habían sido presentados para 1929 en su conferencia *Los deberes de la inteligencia*, en la cual demostrará imposible todo intento de los intelectuales de presentarse por sobre la realidad, y apelará a fuertes imperativos éticos para exhortarlos a la palestra de la política aportando en la lucha de los sectores con aspiraciones revolucionarias. De todas maneras el horizonte político propuesto era tan claro como esa mixtura entre europeísmo y antiimperialismo.
- (11) Ponce, Aníbal, ob. cit. Tomo 3, p. 484.
- (12) Horkheimer, Max y Adorno, Theodor *Dialéctica de la ilustración. Fragmentos filosóficos*, Editorial Trotta, Madrid, 2001, pp. 87-88.
- (13) Ponce, Aníbal, ob. cit. Tomo 3, p. 487.
- (14) Ponce dedica un capítulo completo a este tema, que puede considerarse como la más madura de sus críticas en su prolongada polémica con la "hermandad de Ariel", como él denomina a los admiradores de aquel fiel servidor de Próspero. Se puede ver también en este apartado como una referencia implícita al *Ariel* de José Enrique Rodó, quizás en sintonía con el balance contemporáneo de algunos reformistas del 18 que, como toda su generación, se habían inspirado en las ideas del uruguayo.
- (15) Ponce, Aníbal, ob. cit. Tomo 3, p. 494.
- (16) *Idem*, p. 508.
- (17) *Idem*, p. 511.
- (18) Citamos aquí la no tan recordada Tesis Segunda de Marx sobre Feuerbach "El problema de si al pensamiento humano se le puede atribuir una verdad objetiva, no es un problema teórico, sino un problema *práctico*. Es la práctica donde el hombre tiene que demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poderío, la terrenalidad de su pensamiento. El litigio sobre la realidad o irrealidad de un pensamiento que se aísla de la práctica, es un problema puramente *escolástico*" Marx, Carlos y Engels, Federico *Obras escogidas*, Tres tomos; Editorial Progreso, Buenos Aires, 1974. Tomo 1, pp. 7-8.
- (19) Ponce, Aníbal, ob. cit. Tomo 3, p. 546.
- (20) *Idem*, p. 513.
- (21) Este es uno de los aspectos interesantes para contrastar con el pensamiento contemporáneo de Antonio Gramsci. Éste se ha convertido en el principal pensador revolucionario para los tiempos desfavorables a la revolución, cuando el ascenso del fascismo lo llevó a proyectar a un largo plazo la construcción del socialismo y el acceso al poder estatal. Contrariamente, como hemos dicho, Ponce avizoraba un triunfo cercano de la revolución

mundial, razón que le impidió percibir las mutaciones que el capitalismo estaba desarrollando en su época y le permitirían reformularse y salir airoso luego de 1945.

(22) Ponce, Aníbal, ob. cit. Tomo 3, p. 513.

(23) *Idem*, p. 517.

(24) *Idem*, p. 521.

(25) *Idem*, p. 528.

(26) *Idem*, p. 537.

(27) Otros análisis que privilegian la continuidad del pensamiento ponceano son los de Oscar Terán *En busca de la ideología argentina*, Catálogos, Buenos Aires, 1986; *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*, Siglo Veintiuno Editores Argentina, Buenos Aires, 2004; *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Siglo Veintiuno Editores Argentina, Buenos Aires, 2008. También puede verse lo mismo en Julio Woscoboinik, uno sus seguidores muy afectos a lo que correctamente David Viñas ha denominado “marxismo liberal”, como puede verse en *Aníbal Ponce en la mochila del Che. Vida y obra de Aníbal Ponce*, Proa 21, Buenos Aires, 2007.

(28) Arpini, Adriana *El Humanismo en los ensayos de Aníbal Ponce: alcances y limitaciones*, 2008. También puede verse interpretaciones similares en otros artículos de la autora: “Aníbal Ponce: el trabajo del pensamiento”, en *Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, Año 8, Nº 16, 2006 y, junto a Marcos Olalla, “Humanismo y cultura: el marxismo en Aníbal Ponce y Héctor Agosti”, en Biagini, Hugo y Roig Arturo *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX. Tomo 2: Obrerismo, vanguardia, justicia social (1930-1960)*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2006, pp. 21-50.

(29) Bourdieu, Pierre *Campo de poder, campo intelectual*, Editorial Montessor, Buenos Aires 2002, p. 54.

(30) Bourdieu, Pierre *Contra el fatalismo económico*, disponible en Internet: <http://pierre-bourdieu.blogspot.com/2006/06/contra-el-fatalismo-econmicopierre.html>; 1997.

(31) Ponce, Aníbal, ob. cit. Tomo 3, p. 541.

Bibliografía

AGOSTI, Héctor, “Aníbal Ponce. Memoria y presencia”, en *Obras Completas* de Aníbal Ponce, pp. 11-138.

ARPINI, Adriana, “El Humanismo en los ensayos de Aníbal Ponce: alcances y limitaciones”, disponible en Internet: <http://www.cecies.org/articulo.asp?id=79>, 2008

ARPINI, Adriana, “Aníbal Ponce: el trabajo del pensamiento”, en *Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, Año 8, Nº 16, 2006.

BIAGINI, Hugo y Roig Arturo, *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX. Tomo 2: Obrerismo, vanguardia, justicia social (1930-1960)*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2006.

BOURDIEU, Pierre, *Campo de poder, campo intelectual*, Editorial Montessor, Buenos Aires 2002, p. 54.

----- *Contra el fatalismo económico*, disponible en Internet: <http://pierre-bourdieu.blogspot.com/2006/06/contra-el-fatalismo-econmicopierre.html>; 1997.

CELENTANO, Adrián, "Ideas e intelectuales en la formación de una red sudamericana antifascista", en *Literatura y Lingüística*, Nº 17, 2006.

HORKHEIMER, Max y Adorno Theodor, *Dialéctica de la ilustración. Fragmentos filosóficos*, Editorial Trotta, Madrid, 2001.

MARIÁTEGUI, José Carlos, *Defensa del marxismo*, Editorial Quadrata, Buenos Aires, 2007.

MARX, Carlos y Engels Federico, *Obras escogidas*, Tres tomos; Editorial Progreso, Buenos Aires, 1974.

PONCE, Aníbal, *Obras Completas*. Cuatro Tomos. Editorial Cartago, Buenos Aires, 1974.

TERÁN, Oscar, *En busca de la ideología argentina*, Catálogos, Buenos Aires, 1986.

TERÁN, Oscar, *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*, Siglo Veintiuno Editores Argentina, Buenos Aires, 2004.

TERÁN, Oscar, *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Siglo Veintiuno Editores Argentina, Buenos Aires, 2008.

WOSCOBOINIK, Julio Aníbal, *Ponce en la mochila del Che. Vida y obra de Aníbal Ponce Proa* 21, Buenos Aires, 2007.

RAFAEL FARACE

Estudiante avanzado de la Licenciatura en Sociología de la UNLP, adscrito a la cátedra Historia Social Argentina de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación y miembro de la Cátedra libre Che Guevara de la Universidad Nacional de La Plata. Integra también el colectivo de extensión "Formación sindical para la memoria. Herramientas para la reconstrucción de la experiencia de los trabajadores municipales de Ensenada", proyecto acreditado por la UNLP con financiamiento para el año 2011. Ha participado de congresos en carácter de asistente, ponente y organizador. Trabaja sobre temáticas de historia de la clase obrera y de las ideas sociales y políticas latinoamericanas.